

VIII. LA FALTA DE ORACIÓN EN EL PÚLPITO

«Henry Martyn se lamenta de que “la falta de lectura devocional privada y la brevedad de la oración, a causa de la incesante elaboración de sermones, habían producido mucha extrañeza entre Dios y su alma”. Juzga que había dedicado demasiado tiempo a las ministraciones públicas y muy poco a la comunión privada con Dios. Estaba muy impresionado con la necesidad de apartar tiempos para el ayuno y dedicar tiempos a la oración solemne. Como resultado de esto, registra: “Fui asistido esta mañana para orar durante dos horas”».—E. M. B.

Todos los santos de Dios llegaron a su santidad por el camino de la oración. Los santos no podían hacer nada sin la oración. Podemos ir más lejos y decir que los ángeles en el cielo no pueden hacer nada sin la oración, pero pueden hacer todas las cosas orando. Estos mensajeros del Altísimo dependen en gran medida de las oraciones de los santos para la esfera y el poder de su utilidad, las cuales abren avenidas para la utilidad angélica y crean misiones para ellos en la tierra. Y así como es con todos los apóstoles, santos y ángeles en el cielo, así es con los predicadores. «Los ángeles de las iglesias» no pueden hacer nada sin la oración, que abre puertas de utilidad y da poder y filo a sus palabras.

¿Cómo puede un predicador predicar eficazmente, causar impresiones en los corazones y las mentes, y tener frutos en su ministerio, si no recibe su mensaje de primera mano de Dios? ¿Cómo puede entregar un mensaje legítimo sin que su fe sea avivada, su visión aclarada y su corazón encendido por su recogimiento con Dios?

Sería bueno para todos nosotros, en este sentido, leer de nuevo la visión de Isaías registrada en el capítulo séptimo de su profecía, cuando, mientras esperaba, confesaba y oraba ante el trono, el ángel tocó sus labios con una brasa viva del altar de Dios:

«Entonces voló hacia mí uno de los serafines», dice, «teniendo una brasa viva en su mano, que había tomado con las tenazas de sobre el altar; y la puso sobre

mi boca, y dijo: He aquí, esto ha tocado tus labios, y tu iniquidad es quitada y tu pecado es expiado».

¡Oh, la necesidad que tienen los predicadores de hoy de que sus labios sean tocados con una brasa viva del altar de Dios! Este fuego es llevado a las bocas de aquellos profetas que son de espíritu orante, y que esperan en el lugar secreto a que el ángel designado traiga la llama viva. Los predicadores del mismo temple que Isaías recibieron visitas del ángel que trae brasas vivas para tocar sus labios. La oración siempre trae la llama viva para soltar las lenguas, para abrir puertas de expresión y para abrir grandes y eficaces puertas de hacer el bien. Esto, por encima de todo lo demás, es la gran necesidad de los profetas de Dios.

En lo que respecta a los intereses permanentes de la religión, un púlpito sin un aposento secreto siempre será una cosa estéril. Bienaventurado el predicador cuyo púlpito y aposento secreto están muy cerca el uno del otro, y que pasa del uno al otro. No consagrar ningún lugar a la oración es hacer una exhibición miserable, no solo en la oración, sino en la vida santa, pues la oración secreta y la vida santa están tan estrechamente unidas que nunca pueden separarse. Un predicador o un cristiano puede vivir una vida decente y religiosa, sin oración secreta, pero la decencia y la santidad son dos cosas muy diferentes. Y la primera solo se alcanza mediante la oración secreta.

Un predicador puede predicar de manera oficial, entretenida y erudita, sin oración, pero entre este tipo de predicación y la siembra de la preciosa semilla de Dios hay una distancia que no se cubre fácilmente.

No podemos declarar con demasiada frecuencia ni con demasiada fuerza que la oración, con todos sus elementos, es la condición primordial del éxito del reino de Cristo, y que todo lo demás es secundario e incidental. Los predicadores orantes, los hombres orantes y las mujeres orantes son los únicos que pueden impulsar este Evangelio con poder agresivo. Solo ellos pueden poner en él fuerzas conquistadoras. Se pueden enviar predicadores por millares, con equipamiento por demás completo, pero a menos que sean hombres diestros en el oficio de la oración, entrenados en su ejercicio marcial y exhaustivo, su ida carecerá de poder

y eficacia. Además, a menos que los hombres y mujeres que están detrás de estos predicadores, que proveen su equipamiento, sean hombres y mujeres en cuyos caracteres la oración haya llegado a ser un trabajo serio, su inversión será un esfuerzo vano e inútil.

La oración debe ser el acompañamiento inseparable de todo esfuerzo misionero, y debe ser el único equipamiento de los misioneros al salir a sus campos de labor y emprender sus delicadas y responsables tareas. La oración y las misiones van de la mano. Un misionero sin oración es un fracaso antes de salir, mientras está fuera y cuando regresa a su tierra natal. Una junta de misiones sin oración también necesita aprender la lección de la necesidad de la oración.

La oración entroniza a Dios como soberano y eleva a Jesucristo para sentarse con Él, y si los predicadores cristianos hubieran usado a plenitud el poder de la oración, mucho antes de esto «los reinos de este mundo se habrían convertido en el reino de Dios y de su Cristo». Añadido a todos los discursos misioneros, al dinero recaudado para las misiones, a las decenas enviadas a campos necesitados, está la oración. Las misiones tienen su raíz en la oración, deben tener oración en todos sus planes, y la oración debe preceder, acompañar y seguir a todos sus misioneros y obreros.

Frente a todas las dificultades que enfrenta la Iglesia en su gran obra en la tierra, y los obstáculos casi sobrehumanos y complejos en el camino de la evangelización del mundo, Dios nos anima con Sus promesas más fuertes: «Clama a mí y yo te responderé, y te mostraré cosas grandes y poderosas que tú no conoces». Las revelaciones de Dios a aquel que es de espíritu orante van mucho más allá de los límites de la oración. Dios se compromete a responder la oración específica, pero no se detiene allí. Dice: «Pídeme de las cosas venideras acerca de mis hijos, y acerca de la obra de mis manos, mándame». Piensa en ese notable compromiso de Dios con aquellos que oran: «Mándame». Él realmente se coloca a la orden de los predicadores orantes y de una Iglesia orante. Y esto es una respuesta suficiente a todas las dudas, temores e incredulidad, y una

inspiración maravillosa para hacer la obra de Dios a Su propia manera, lo cual significa por el camino de la oración.

Y como para fortificar aún más la fe de Su ministerio y de Su Iglesia, para cercar y fortificar contra cualquier tentación de duda o desánimo, Él declara por boca del gran Apóstol a los gentiles: «Él es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos».

Se enseña incuestionablemente que los predicadores, al avanzar con sus tareas asignadas por Dios, en sus oraciones, pueden mandar a Dios, lo cual es mandar Su habilidad, Su presencia y Su poder. «Ciertamente yo estaré contigo», es la respuesta a todo sincero ministro de Dios que inquiere. Todos los hombres llamados por Dios al ministerio tienen el privilegio de extender sus oraciones a regiones donde ni las palabras ni el pensamiento pueden llegar, y se les permite esperar de Él más allá de su oración, y por su oración, a Dios mismo, y luego, además, «cosas grandes y poderosas que tú no conoces».

Oración real de corazón, oración viva, oración por el poder del Espíritu, oración directa, específica, ardiente, sencilla —este es el tipo de oración que legítimamente pertenece al púlpito. Este es el tipo que los hombres que están en el púlpito demandan justamente ahora. No hay escuela en la que se aprenda a orar en público sino en el aposento secreto. Los predicadores que han aprendido a orar en el aposento secreto han dominado el secreto de la oración en el púlpito. Es solo un paso corto de la oración secreta a la oración eficaz, viva y de púlpito. La buena oración de púlpito sigue a la buena oración secreta. Un aposento secreto cerrado con el predicador produce una oración fría, sin espíritu y formal en el púlpito. Estudia cómo orar, oh predicador, pero no estudiando las formas de oración, sino asistiendo a la escuela de la oración de rodillas ante Dios. Aquí es donde aprendemos no solo a orar ante Dios, sino también a aprender cómo orar en presencia de los hombres. El que ha aprendido el camino al aposento secreto ha descubierto el camino para orar cuando entra al púlpito.

¡Con qué facilidad nos volvemos profesionales y mecánicos en las empresas más sagradas! Henry Martyn aprendió la lección tan difícil de aprender: que el

cultivo y la perfección de la justicia personal era el gran y primordial factor en el verdadero éxito del predicador. Así también, el que aprende la lección tan difícil de aprender: que la oración viva, espiritual y eficaz en el púlpito es el resultado natural de la oración secreta regular, ha aprendido bien su lección. Además: su obra, como predicador, dependerá de su oración.

La gran necesidad de la hora es tener buenos oradores en el púlpito, así como buenos predicadores. Así como la predicación viva y espiritual es la que impresiona y conmueve a los hombres, de la misma manera el mismo tipo de oración de púlpito conmueve e impresiona a Dios. No solo el predicador es llamado a predicar bien, sino que también debe ser llamado a orar bien. No que sea llamado a orar a la manera de los fariseos, que aman estar de pie en público y orar para ser vistos y oídos de los hombres. El tipo correcto de oración de púlpito está muy lejos de la oración farisaica, tan lejos como la luz lo está de las tinieblas, tan grande como el calor lo está del frío, como la vida lo está de la muerte.

¿Dónde estamos? ¿Qué estamos haciendo? La predicación es la obra más elevada posible que un hombre puede hacer. Y la oración va de la mano con la predicación. Es una obra poderosa, una obra elevada. La predicación es una obra que da vida, que siembra las semillas de la vida eterna. ¡Oh, que la hagamos bien, la hagamos según el orden de Dios, la hagamos con éxito! ¡Que la hagamos divinamente bien, de modo que cuando llegue el fin, el solemne cierre de la probación terrenal, podamos oír del Gran Juez de toda la tierra: «Bien hecho, buen siervo y fiel, entra en el gozo de tu Señor».

Cuando consideramos esta gran cuestión de la predicación, somos llevados a exclamar: «¡Con qué reverencia, sencillez y sinceridad debe hacerse!». ¡Qué verdad en lo interior se demanda para que se haga de manera aceptable a Dios y con provecho para los hombres! ¡Cuán reales, verdaderos y leales deben ser aquellos que la practican! ¡Cuán grande es la necesidad de orar como Cristo oró, con fuertes clamores y lágrimas, con temor piadoso! ¡Oh, que nosotros, como predicadores, hagamos lo real de la predicación, sin falsedad, sin mera forma de palabras, sin expresiones apagadas, frías y profesionales, sino entregándonos a la predicación orante y a la oración orante! La predicación que da vida nace de la

oración que da vida. La predicación y la oración siempre van juntas, como siameses, y nunca pueden separarse sin la muerte de una o de la otra, o la muerte de ambas.

Este no es el tiempo para métodos de guante de seda ni para predicación azucarada. Este no es tiempo para actuar como caballero en calidad de predicador ni para ponerse la vestimenta del erudito en el púlpito, si nos proponemos hacer discípulos de todas las naciones, destruir la idolatría, aplastar las fuerzas rudas y desafiantes del mahometanismo, y vencer y destruir las tremendas fuerzas del mal que ahora se oponen al reino de Dios en este mundo. Hombres valientes, hombres verdaderos, hombres orantes —temerosos de nada sino de Dios— son el tipo que se necesita justamente ahora. No habrá golpe alguno a las fuerzas del mal que ahora tienen al mundo en esclavitud, ni elevación de las hordas degradadas del paganismo a la luz y a la vida eterna, por nadie más que por hombres orantes. Todos los demás están meramente jugando a la religión, soldados de mentira, sin armadura y sin municiones, que están absolutamente indefensos frente a un mundo malvado y contumaz. Nadie sino los soldados y siervos de Jesucristo pueden posiblemente hacer esta tremenda obra. «Soporta las aflicciones como buen soldado de Jesucristo», clama el gran Apóstol. Este no es tiempo para pensar en uno mismo, para consultar con la dignidad, para conferenciar con la carne y la sangre, para pensar en la comodidad o para retroceder ante las dificultades, el dolor y la pérdida. Este es el tiempo para el trabajo, el sufrimiento y la abnegación. Debemos perderlo todo por Cristo para ganarlo todo por Cristo. Se necesitan hombres en el púlpito, así como en el banco, que sean «valientes para tomar, firmes para sostener, la cruz consagrada». He aquí el tipo de predicadores que Dios quiere. Y este tipo nace de mucha oración. Pues ningún hombre es suficiente para estas cosas si es un predicador sin oración. Solo los predicadores orantes pueden satisfacer la demanda y estarán a la altura de la emergencia.

El Evangelio de Jesús no tiene ni sabor ni vida en él cuando es hablado por labios sin oración o manejado por manos sin oración. Sin la oración, las doctrinas de Cristo degeneran en ortodoxia muerta. Predicarlas sin la ayuda del Espíritu de

Dios, quien entra en los mensajes del predicador solo mediante la oración, no es más que mera disertación, sin vida, sin agarre, sin fuerza en la predicación. No equivale a más que un racionalismo vivo o un sentimentalismo enfermizo. «Pero nosotros perseveraremos en la oración y en el ministerio de la Palabra», fue el propósito establecido y declarado del ministerio apostólico. El reino de Dios espera a la oración, y la oración pone alas al Evangelio y poder en él. Mediante la oración avanza con fuerza conquistadora y rápido progreso.

Si se prescinde de la oración, el predicador no se eleva a un nivel superior al del conferenciante, el político o el maestro secular. Lo que lo distingue de todos los demás oradores públicos es el hecho de la oración. Y como la oración trata con Dios, esto significa que el predicador tiene a Dios consigo, mientras que otros oradores no necesitan a Dios con ellos para hacer eficaces sus mensajes públicos. El predicador, por encima de todo, es un hombre espiritual, un hombre del Espíritu, que trata con cosas espirituales. Y esto implica que tiene que ver con Dios en su obra de púlpito en un sentido elevado y santo. Esto no puede decirse de ningún otro orador público. Y así, la oración debe necesariamente acompañar al predicador y a su predicación. La intelectualidad pura es la única cualificación para otros oradores públicos. La espiritualidad que nace de la oración pertenece al predicador.

En el Sermón del Monte, Jesucristo habla a menudo de la oración. Destaca prominentemente en sus declaraciones en esa ocasión. La lección de oración que enseñó consistía en santificar el nombre de Dios, en impulsar el reino de Dios. Hemos de anhelar la venida del reino de Dios. Ha de ser anhelado, y debe ser lo primero en nuestro trato con Dios. La voluntad de Dios debe tener su camino real en los corazones y las voluntades de quienes oran. Nuestro Señor hace hincapié en la urgencia de que los hombres oren con fervor, pidiendo, buscando, llamando, a fin de santificar el nombre de Dios, hacer que se cumpla su voluntad y promover su reino entre los hombres.

Y téngase en cuenta que, si bien esta lección de oración concierne a todos los hombres, tiene una aplicación peculiar al ministerio, pues fueron los doce futuros predicadores quienes hicieron la petición a nuestro Señor Jesucristo: «Señor,

enseñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos» (Lucas 11:1). De modo que, primordialmente, estas palabras fueron dirigidas primero a doce hombres que apenas comenzaban su labor como ministros. Jesús hablaba, según lo registra Lucas, a predicadores. Así habla a los predicadores de este día. ¡Cómo urgió a estos doce hombres a la oración! El ministerio de hoy necesita que se le enseñe la misma lección, y necesita la misma urgencia que los impulse a la oración como su hábito de vida.

Independientemente de todo lo que pueda reclamar para sí, o de cuántas cosas buenas puedan atribuírsele en su haber, un predicador sin oración nunca aprenderá bien la verdad de Dios, que está llamado a declarar con toda fidelidad y llaneza de palabra. Ciego y cegador seguirá siendo si vive una vida sin oración. Un ministerio sin oración no puede conocer la verdad de Dios, y al no conocerla, no puede enseñarla a hombres ignorantes. Quien nos enseña el camino de la oración debe, ante todo, caminar él mismo por ese camino. Un predicador no puede enseñar lo que no sabe. Un guía ciego será el predicador que es un extraño a la oración. La oración abre los ojos del predicador y los mantiene abiertos ante la maldad del pecado, su peligro y la pena que este acarrea. Ser un guía ciego que guía a ciegos será la vocación de quien no ora en su propia vida.

La mejor y más grande ofrenda que la Iglesia y el ministerio pueden hacer a Dios es una ofrenda de oración. Si los predicadores del siglo veinte aprenden bien la lección de la oración y la usan plenamente en toda su inagotable eficacia, el milenio llegará a su mediodía antes de que termine el siglo.

El predicador bíblico ora. Está lleno del Espíritu Santo, lleno de la Palabra de Dios y lleno de fe. Tiene fe en Dios, fe en el Hijo unigénito de Dios, su Salvador personal, y tiene fe implícita en la Palabra de Dios. No puede hacer otra cosa que orar. No puede ser otra cosa que un hombre de oración. La amplitud de su vida y las palpitaciones de su corazón son oración. El predicador bíblico vive por la oración, ama por la oración y predica por la oración. Sus rodillas dobladas en el lugar de la oración secreta dan testimonio de qué clase de predicador es.

Los predicadores pueden perder la fe en Dios, en Jesucristo como su Salvador personal y presente, quedar desprovistos de la paz de Dios y dejar que el gozo de la salvación salga de sus corazones, y aun así no ser conscientes de ello. ¡Cuán necesario es que el predicador se examine continuamente a sí mismo y averigüe sus relaciones personales con Dios y su estado religioso! Los predicadores, como los filósofos de antaño, pueden someterse a un sistema y contender fervientemente por él después de haber perdido toda fe en sus grandes hechos. Los hombres pueden, en el púlpito con corazones de incredulidad, ministrar en los altares de la Iglesia, mientras son ajenos a los principios más sagrados y vitales del Evangelio.

Es una tarea relativamente fácil para los predicadores quedar tan absortos en los asuntos materiales y externos de la Iglesia hasta perder de vista sus propias almas, olvidar la necesidad de la oración, tan necesaria para mantener sus propias almas vivas para Dios, y perder la dulzura interior de una experiencia cristiana.

La oración que da valor a nuestra predicación debe ser ella misma muy valorada. El carácter de nuestra oración determinará el carácter de nuestra predicación. La oración seria dará un peso serio a la predicación. La oración hace fuerte la predicación, le da unción y la hace perdurar. En todo ministerio, de peso para el bien, la oración siempre ha sido un asunto serio, profético de bien.

No puede decirse con demasiado énfasis: el predicador debe ser preeminentemente un hombre de oración. Debe aprender a orar, y debe tener tal estima de la oración y de su gran valor que sienta que no puede permitirse omitirla del catálogo de sus deberes privados. Su corazón debe estar en sintonía con la oración, mientras él mismo toca la nota más alta de la oración. Solo en la escuela de la oración puede el corazón aprender a predicar. Ningún don, ninguna erudición, ninguna fuerza mental pueden compensar el fracaso en orar. Ningún fervor, ninguna diligencia, ningún estudio, ninguna cantidad de servicio social suplirán su falta. Hablar a los hombres de parte de Dios puede ser algo grande y muy loable. Pero hablar a Dios de parte de los hombres es mucho más valioso y loable.

El poder de la predicación bíblica no radica simplemente ni únicamente en una devoción superlativa a la Palabra de Dios y en un celo celoso por la verdad de Dios. Todas estas cosas son esenciales, valiosas y útiles. Pero por encima de todas estas cosas, debe haber el sentido de la presencia divina y la conciencia del poder divino del Espíritu de Dios sobre el predicador y en él. Debe tener una unción, un empoderamiento, un sello del Espíritu Santo, para la gran obra de la predicación, haciéndolo semejante a la voz de Dios y dándole la energía de la diestra de Dios, de modo que este predicador bíblico pueda decir: «Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos» (Jeremías 15:16).